

Quiere arrancar de su mente
Las visiones que la turban.

En vano; la pesadilla
Vuelve, y otra, y otras muchas;
Sin que hallen término dulce
Las penas que le atribulan.

Y el treinta del mes de Junio
De quinientos veinte, á la una
De la noche, dejó el mundo
Del cual no gozara nunca.

Fué grande y fué poderoso,
Y justiciero; lo juzga
Así la historia, aunque hay alguien
Que de inhumano lo acusa,
Acaso; pero si injusto
Fué, en situaciones algunas,
También era con su suerte
Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna
Y un instante no tributa
Triste homenaje á la ira
Que la razón sana ofusca?
¿Quién, al llegar á las puertas
De esa mansión, que es la última,
No siente el pecho culpable
Con fiero aguijón que punza?...

* *
*

Cortés y sus capitanes,
Al ver con pena profunda,
Con las sombras de la muerte
Velarse la frente augusta,
Lloraron fin tan siniestro,
Y fué aquel llanto la única
Ofrenda al rejio cadáver,
Sobre el polvo de la tumba.

EL ULTIMO AZTECA

Á la memoria de mi padre el Sr. Lic. D. Juan Peón y Cano

ROMANCE I

EL SITIO.

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
Diezmados por Cuitlahuatzin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anáhuac tan funesto,
Á Tenuchtitlán con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anochecer de un día
Le pone el último cerco.

Suena el tambor del teocali
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:
“Guerra,” difunden los aires,
“Guerra,” repiten los ecos,

Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.
Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.
El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso ;
Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.

* * *

¡Gloriosos días de luto !
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!

La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo ;
Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mejicanos
Lidiar y morir con ellos !

* * *

Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio ;
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.
El astro azteca se eclipsa

Envuelto en fúnebres velos,
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.
La tierra se ha convertido
En un panteón inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.
Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando á sus hijos
Piden la muerte á los cielos.
Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros,
Cruzan las calles inmundas,
Sombrios y macilentos.
Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
Á los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.

* * *

Se difunde hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.
Cortés, tan grande heroísmo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.
Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La capital de su reino.
Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo,
Rechaza ofertas que juzga

Por deshonrosos convenios ;
Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuácoatl le envía
Á decir que está resuelto
Á sucumbir en la lucha
Sin acceder á sus ruegos ;
Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.

ROMANCE II

LA PRISIÓN.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.

Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nación infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadrón formidable ;
Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el combate.

No abandona sus trincheras
Mas que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chía
Siega la hoz incansable,

Á la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,

Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.

*
* *

Comprende al cabo el monarca
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,
Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren
Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzin su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoje á débil piragüa,
Presa el alma de coraje,

Y al puerto de Tlaltelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.

*
* *

Cruzando van por el lago
Como bandadas de aves,
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,
Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.

Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exiguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen
Impide á los fujitivos

Que en tan apurado trance,
Al remo, tan sólo, fian
Sus vidas y sus caudales.

*
* *

Cuauhtemotzin llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.

Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragua la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.

Pero García de Holguín,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.

Entonces el rey, del fondo
De su embarcación alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguín con voz grave:

“Soy tu prisionero; sólo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,

Su condición y su clase.”
Y pasando con su esposa
Á la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.

ROMANCE III

LA ENTREVISTA.

Algunas horas más tarde,
En una grande azótea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no há mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,
Á su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.
Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega
Á su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.
“Malitzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;
Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aún me niegan :
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras.”
Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal : “ ó con esa

Arma quitame la vida,
Que es para mí tan molesta,"

Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.

Entonces el castellano
Le dice afable : "No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.

Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas."

Luégo del rey se despide,
Que lo traten bien ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.

Y... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas :
¡ Ojalá que las callara !
¡ Ojalá no las hiciera !

ROMANCE IV

EL TORMENTO.

¡ No hay botín ! la soldadesca,
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.

Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlán desaparece
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.

¿ En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso oriente ?

Murmuran los españoles,
Y murmuran de su jefe,
Que á Cuauhtemotzin no obliga
A que declare ó revele

En dónde guarda la tierra,
Dónde sepultados tiene
Los prodijiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.

..
Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete ;
Hasta que á su oído llegan
Viles rumores que ofenden
Á su honor, y su decoro
En lo más sensible hieren.

Entonces, y en mala hora,
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede ;

Y entregar al rey dispone
Á la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,

Ser que de avaros instintos,
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica jente,
Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.

..
Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
Á la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.

El arcánjel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.

Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos descende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.

Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.

Empero en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.

..
En una estancia pequeña,
Á la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende ;
Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.

Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están sentados tres jueces ;
Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,
Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene

La puerta oculta, y á un patio
Da según lo que parece,
Pues de vez en cuando el aire
Á bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,
Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.

*
* *

Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.
Á interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.
Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese,
Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crueles,
De la enérgica entereza
De su víctima inocente,
Se apoderan de ella al punto,
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
Á la espalda fuertemente;
Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos piés le bañan
Con resina y con aceite;

Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.

*
* *

El cacique de Tlacopan,
Á quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.

Cuauhtemotzin, que sin calma
Le escucha, el semblante vuelve
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende.

« ¿Piensas que estoy en un baño
Ó entregado á algún deleite? »
Le dice, y su labio frío
Como en antes enmudece.

¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

*
* *

Llega á Cortés la noticia
De la obstinación del héroe,
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;

Y reflexionando, acaso,
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.

ROMANCE V

EL SUPLICIO.

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le rebela.
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.
Lleva con él una parte
De la legión tlaxcalteca
Y á Cuauhtemotzin con otros
También prisioneros, lleva.
Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aún en su imperio conserva.

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlán se aleja.
Al llegar á sus confines
Torna la vista hacia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.
Acaso un presentimiento
En su corazón se alberga,
Que, al mirarla, se figura

Que no ha de volver á verla.

El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.

Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.

¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!

¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolación contempla!

Allí gozó en otro tiempo
De las caricias parternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la ajena.

Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra...
Y allí no ha de volver nunca...
¡Nunca! para recojerla.

Todo eso en un breve punto
Á sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,
Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.

* *

Á la provincia de Aculam,
Después de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.
En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración ya sus redes
Extiende entre los aztecas.
Que es Cuauhtemotzin el jefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.
Temeroso el castellano,
Da la noticia por cierta;
Al rejio cautivo juzga;
Y á la muerte lo condena.

* *

Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega
El sol sus rayos de oro
Y su esplendor á la esfera.
Dispersas al pié de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos

Aún las fogatas humean.
Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírjenes selvas;
Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñoorea,
¡Lástima es que sus colores
Un instante se oscurezcan!
¡Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube á la horca á perderla!
Á la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceiba;
Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.
Más de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
Á Cuauhtemotzin esperan.

* *

Al fin, aparece el reo,
Y su noble faz risueña,
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.
Y mirando allí á Cortés,
Que á duras penas sujeta
El inestimable brio
De una yegua cordobesa,
Á él se dirige, y con calma

Sus promesas le recuerda,
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.

Se queja, mas no le pide
Perdón, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.

“De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta.”

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.

Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra ;
Se oye un pregón ; el verdugo
Del monarca se apodera ;

Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

POESÍAS LÍRICAS